



## CAPÍTULO XX

La Visitación se erige en Orden religiosa bajo la regla de San Agustín.—Fundación de los monasterios de Moulins, de Grenoble, de Bourges y de París. — La Madre Angélica Arnauld de Port-Royal pide entrar en la Visitación.

1617-1620

MIENTRAS tanto, la Visitación principiaba á organizarse y fundirse. Las Constituciones estaban compuestas: la autorización para erigir la Congregación en Orden religiosa bajo la regla de San Agustín, pedida á Su Santidad por San Francisco de Sales, y que había sido apoyada por el Cardenal Belarmino, se esperaba de un día á otro. Dos monasterios florecían ya: el primero en Annecy, bajo el gobierno de la misma Madre de Chantal; el segundo en Lyon, bajo el de la Madre Favre; el tercero se fundaba en Moulins por los cuidados de la Madre de Brechard, y se preparaba en Grenoble la fundación del cuarto.

Hemos dicho que en el mes de Julio de 1616 había recibido San Francisco de Sales cartas muy urgentes, en las cuales el Arzobispo de Lyon, administrador de la diócesis de Autun, á la que pertenecía Moulins, el Mariscal de Saint-Géran (1), gobernador del Borbonés, el

(1) Juan Francisco de la Guiche, Conde de la Palisse, señor de San Geran, Caballero de las Ordenes del Rey, Mariscal de Francia y Gobernador del Borbonés.

Alcalde y Regidores de Moulins le pedían el establecimiento en esta ciudad de una casa de la Visitación; que en estas cartas le suplicaban enviase á la misma Madre de Chantal para fundar el monasterio; que San Francisco de Sales, no queriendo negar nada á las vivas instancias de personas tan elevadas, había dispuesto todas las cosas para principiar la fundación; pero no pudiendo enviar á la Madre de Chantal, entonces muy delicada y ocupada en la redacción de las reglas, había decidido fuese en su lugar la Madre de Brechard. Esta partió, en efecto, de Annecy hacia el 10 de Agosto, y después de haber pasado un día en Chambery, otro en Grenoble, y dos ó tres en Lyon, llegó á Moulins el 20 de Agosto, acompañada de tres Hermanas profesas de Annecy. Había sido recibida con política, pero friamente, porque el pueblo y los nobles que esperaban á la Madre de Chantal, cuya reputación era entonces muy grande, se desanimaron viendo llegar una religiosa tan desconocida, que ni su nombre se sabía. Así que, después de algunas visitas de curiosidad y política, las Hermanas se vieron abandonadas, y en tal miseria, que aun el pan faltaba á menudo en el refectorio. Al cabo de un año, cuando era preciso pagar el arrendamiento de la casa que habían alquilado, no les fué posible hacerlo, y la señora de Gouffier, su protectora, se vió precisada á ir á suplicar á su tía la señora de Boysson y á la señora de Anlezy, su hermana, que empeñasen sus joyas, sin lo cual hubieran echado á las religiosas de su casa.

Felizmente, las virtudes de las Hermanas eran mayores que estas pruebas. Poco á poco las personas que visitaban el locutorio de la Visitación, conocieron que la Madre de Brechard era una mujer de santidad eminente; que la Hermana Juana María de la Cruz, de edad apenas de diecisiete años, era un angel de inocencia y de candor, y que la Hermana Gabriela Bally poseía una rara humildad con un adorable recogimiento.

De repente se pasó de la frialdad al entusiasmo, y ya no se habló en toda la ciudad sino de las maravillosas virtudes que brillaban en la pobre casa de la Visitación. Los recursos y las novicias vinieron, y una sobre todo, de la más alta nobleza del país, llamada Elena de Chastelluz.

La juventud de Elena había sido singular: Hija menor de una gran casa, se la había encerrado, siendo aún muy niña, en una rica Abadía, que gobernaba una de sus tías, con la esperanza de que algún día la sucediese en el cargo. Pero esta tía murió cuando Elena sólo contaba siete ú ocho años, y fué menester se encargase interinamente del gobierno de la Comunidad una de las religiosas, la cual, en cuanto gustó las delicias del mundo, ya no quiso renunciar á él. De aquí nació en ella una aversión oculta, pero profunda, hacia Elena, suscitándola mil persecuciones, á fin de que se disgustase del claustro. Las afrentas é injurias llegaron á un punto, que el Conde de Chastelluz se vió obligado á sacar á su hija por una temporada. Volvió ésta, por consiguiente, á la casa paterna, y se fué á vivir en compañía de su hermana la Condesa de Roussillon. Era hacia el año 1608. *La Introducción á la vida devota*, que acababa de publicarse, cayó en sus manos y dejó encantada á Elena. Su corazón era muy puro, y si aún no había dado fruto, era porque nadie le había cultivado. Aquel libro admirable cambió todas sus ideas, y desde este instante empezó una vida nueva en el mundo.

No obstante, juzgando el Conde de Chastelluz que la ausencia habría endulzado el espíritu de la Abadesa interina, y viendo que Elena crecía en edad y piedad, deseó que volviese á su Abadía. Llevó consigo el precioso librito que la tenía encantada, le prestó á las monjas, sobre todo á las más jóvenes, que le devoraron, y todas principiaron á inflamarse con el vivísimo deseo de la perfección religiosa.

¿Quién creería que semejante influencia pudiese despertar los celos de la Abadesa? Los excitó, no obstante, y más fuertes que nunca. Esta criatura altiva y ambiciosa temió que Elena, que había sabido ganar así los corazones de las monjas, pensara en arrebatársela pronto su báculo, y para evitarlo redobló sus persecuciones, y por fin la echó del monasterio, acusándola de intrigas y cábalas con que turbaba la paz de la Comunidad.

Fué, pues, preciso volver segunda vez al mundo, y como la Condesa de Roussillon cayó por este tiempo gravemente enferma, Elena partió al instante á cuidarla.

Roussillon no dista más que tres leguas de Autun, y Monthelón está muy cerca. La señora de Chantal, que aún no era religiosa, y quería mucho á la señora de Roussillon, venía muy á menudo á visitar á su querida enferma. Vió al pie de la cama á nuestra Elena, de solos diecinueve años, piadosa, fervorosa, pero triste; errante del claustro al mundo y del mundo al claustro, incierta sobre su porvenir, no sabiendo lo que Dios quería de ella y próxima al desaliento. La tristeza de esta joven le interesó mucho. Descubrió en su corazón una llama heroica, y temiendo que este fuego divino se apagase y perdiese Jesucristo una esposa, se aplicó á despertar en su alma tan alta idea de su vocación, que Elena volvió tercera vez decidida á sufrirlo todo, á humillarse y á morir, primero que quitar á su Esposo una sola hora de las que le había consagrado. Pero los hombres eran los que habían colocado á Elena en esta abadía, en que Dios no la quería.

Uno ó dos años después nacía la Visitación, y muy pronto la Madre de Brechard, atravesando la Borgoña, apareció en Moulins. Esto fué para Elena como la luz que se levanta en medio de la noche, y le hizo ver lo que Dios quería de ella. Quebrando, pues, un báculo

que á pesar de tantas intrigas no podía escapársele; abandonando una de las más ricas abadías del reino, entró en una casa pobre y desconocida, llevando á ella el brillo de un gran nombre, el apoyo de una familia poderosa, una rica dote, y sobre todo, una virtud y un talento de primer orden.

Es menester oír á la Madre de Brechard contarle, escribiendo á la venerable Madre de Chantal. No sabe cómo encarecer la felicidad que ha venido á su casa. «La entrada de esta querida novicia me hace recordar la de San Bernardo en la Orden del Cister, la cual, hasta la venida de este ilustre novicio estaba olvidada, y con la admisión de este incomparable Santo se multiplicó como las estrellas del cielo. Esta querida novicia le es igual en nobleza. Además tiene un talento claro, sencillo, vivo, luminoso y penetrante; unas inclinaciones nobles, generosas y muy dispuestas á la virtud y piedad; un carácter dulce, detenido, modesto y afable; pero por lo demás, un corazón ardiente y lleno de vehemencia para el bien y la perfección. Preveo que no tendremos otro trabajo para gobernarla que el de moderar su fervor, temiendo no tropiece por querer correr mucho. (1)»

A esta primera gracia añadió Dios otra. Había en Orleans un santo sacerdote llamado el Sr. de la Coudre, que amando mucho á la Santísima Virgen, se había ofrecido á esta Reina de los ángeles para servirla toda su vida, y siempre había oído una voz interior que le decía: «Anda, y dedícate al servicio de mis hijas.» No comprendiendo el sentido de estas palabras, había ido á servir á las religiosas de la Magdalena, del Orden de Fontevrault, que se llenaron de grandísimo consuelo, porque era tenido generalmente por santo. Pero apenas

(1) *Las vidas de muchas superiores de la Orden de la Visitación: un volumen en 4.º, París 1693.— Vida de la Madre María Elena de Chasteleux, pág. 215.*

estuvo en el convento de la Magdalena se sintió atacado de tan grandes penas é inquietudes, que no podía ni aun dormir, por lo cual, saliendo de allí, se encaminó á Moulins, sin saber por qué ni para cuánto tiempo, dejándose conducir por el espíritu que le impulsaba. En Moulins supo que hacía poco se había establecido un monasterio llamado de Santa María. Por devoción á la Madre de Dios fué á él á decir la Misa, y en el instante de doblar la rodilla sintió tan dulce serenidad en su corazón, que alumbrado de un rayo de luz se dijo á sí mismo: «Este es el lugar ¡oh María, mi celestial Princesa!, en donde queréis que vuestro esclavo se dedique á vuestro servicio perpetuo en la persona de vuestras hijas.» Después de la Misa llamó á la Superiora, á quien deseaba hablar, y conociendo ésta que venía de parte de Dios, le aceptó por confesor de la comunidad y sirvió á este monasterio de Moulins con admirable utilidad por espacio de dieciséis ó diecisiete años, conservándose en una vida muy santa y muy retirada, dando ejemplos extraordinarios de virtud y viviendo en una pobreza heroica, de suerte que si le querían dar alguna cosa la rehusaba graciosamente: «No os cuidéis de mí; la Señora á quien sirvo me da gajes de tanto valor, que por respeto no me atrevería á recibir otros; además, todos los días experimento que es menester muy poco para vivir y pasar este destierro como buen discípulo de Jesucristo (1).»

Mientras que de este modo se fundaba un monasterio en Moulins, se preparaba la fundación de otro en Grenoble. Había allí una noble dama llamada la señora Le Blanc, mujer del primer Presidente de Grenoble, hermosa, de talento, rica, con grandes dotes para agradar, y muy dada al mundo; en apariencia la mujer más

(1) *Fundación del tercer monasterio de la Visitación de Santa María, establecido en la ciudad de Moulins el 21 de Agosto de 1616. Manuscrito en folio inédito.*

feliz de Grenoble, y, no obstante, en la realidad, como todas las almas grandes que no pueden satisfacerse con las cosas perecederas, atormentada de un secreto disgusto en medio de las fiestas más espléndidas, y tan llena de fastidio, que cuando se paseaba por el campo suspiraba de envidia viendo á los pastores contentos y alegres cantar en medio de sus rebaños, y conocía que su vida, tan brillante exteriormente, «no era más que desdicha comparada con la de aquellos aldeanos, á quienes su humilde condición libraba de los grandes disgustos que ella tenía.» La santa Madre de Chantal fué en 1615 á fundar un monasterio en Lyon; la señora Le Blanc, como otras muchas, fué á visitarla, y después de algunas horas de conversación se sintió transformada. La vanidad del mundo le fué revelada, así como la imposibilidad de encontrar en él la felicidad. Renunció al lujo en los vestidos, llevándolos lo más sencillo que le permitía su clase; se dió á la oración; tomó la costumbre de ir todos los años al monasterio de la Visitación de Lyon, para hacer diez días de ejercicios, y concibió el proyecto de tener en Grenoble otro Monasterio de Santa María.

Para lograrlo, consiguió lo primero que San Francisco de Sales predicase en esta ciudad el Adviento de 1616 y la Cuaresma de 1617, y aprovechándose del entusiasmo que el Santo Obispo excitó en estas dos ocasiones, tomó en alquiler una casita, que amuebló según las reglas de la Visitación, y reunió todos los recursos necesarios para un establecimiento semejante.

Obligado de este modo, no pudo resistir más San Francisco de Sales, y mandó á la señora de Chantal viniese á reunirse con él, «para aprovechar—la escribía—los momentos de Dios.» «Todo el mundo—añadía—aplaude este designio; nuestra buena presidenta Le Blanc está llena de un santo ardor, y yo siento una esperanza muy dulce de que Dios bendecirá sus intencio-

nes, si somos tan felices que nos humillamos como debemos delante de Dios, que se digna glorificarse en nuestra pequeñez. Os ruego, mi muy querida Madre, que vayáis preparando poquito á poco á nuestras abejitas para hacer una salida en cuanto haga buen tiempo, viniendo á trabajar en la nueva colmena, para la cual prepara el cielo mucho rocío» (1).

La Madre de Chantal llegó, en efecto, muy pronto, acompañada de la Hermana María Petra de Chatel, de cuatro ó cinco profesas del monasterio de Annecy, y de cuatro jóvenes de Grenoble que la señora Le Blanc había enviado á Saboya para sondear allí su vocación, y que habían tomado el hábito, viniendo ahora á ser los cimientos de la nueva casa. Se estableció ésta solemnemente el lunes 8 de Abril de 1618, por el Ilmo. de Calcedonia, coadjutor de Ginebra, en presencia de un gentío considerable.

La historia no cuenta ninguna acción memorable de la Madre de Chantal durante su estancia en Grenoble, la cual apenas duró una semana. Llamada de repente á la ciudad de Annecy para negocios muy importantes, partió antes de acabar el mes de Abril, después de haber recibido algunas novicias, y puesto por superiora á la Madre María Petra de Chatel, dejando el monasterio en tal estado de fervor que, según el testimonio de muchos siervos de Dios, era un horno de amor divino; y con tal popularidad, que á porfía colmaban á las Hermanas de atenciones y regalos, hasta el punto de que los domingos y días de fiesta, las señoras de la ciudad les enviaban la comida ya compuesta, á fin—decían—de que estuviesen todo el día, como Santa María Magdalena, á los pies del Salvador, sin distraerse con los quehaceres de Marta (2).

(1) Carta del 11 de Marzo de 1618.

(2) *Fundación del cuarto monasterio de la Visitación de Santa María*, establecido en Grenoble en 8 de Abril de 1618. Manuscrito en folio.

San Francisco de Sales no había esperado á la santa Madre de Chantal para dejar á Grenoble. Habiendo llegado él antes á la ciudad de Annecy, encontró allí cartas de Roma, y entre ellas el Breve tan largo tiempo esperado, por el cual el Papa Paulo V le autorizaba para erigir la Congregación de la Visitación en Orden religiosa, bajo la regla de San Agustín. En consecuencia, escribió á la Santa que apresurase su vuelta, porque era preciso estuviese allí en el momento en que por un acto solemne y soberano iba á dar la última mano á la obra en que trabajaban juntos hacia ocho años. De vuelta, pues, la Madre de Chantal, el bienaventurado leyó con ella las Constituciones, las examinó de nuevo, modificó algunas cosas, y después de cinco meses de un último y definitivo examen las aprobó, *mandando y estableciendo con nuestra autoridad—dice—ó más bien con la autoridad apostólica, á Nos delegada para este objeto, que estas Constituciones deben ser perpetua é inviolablemente observadas y guardadas.*

Ocho días después, el domingo 16 de Octubre de 1618, fué San Francisco de Sales al convento acompañado de su Vicario general, de su cabildo, del Sr. Miguel Favre, confesor de la comunidad, y de dos testigos canónicamente designados, y después de haber hecho leer el Breve de Paulo V, el Santo Obispo erigió solemnemente y en nombre del Soberano Pontífice, la Congregación de Santa María en Orden religiosa bajo la regla de San Agustín; declaró por la misma autoridad apostólica que todas las Hermanas y religiosas de la dicha Congregación deberían gozar de allí en adelante de todas las inmunidades, privilegios, indultos y concesiones de que gozan las demás Ordenes religiosas que viven bajo la misma regla; les mandó observar la clausura, según el decreto del Santo Concilio de Trento, con todas las leyes de la solemnidad de los votos, y como la Madre de Chantal y la Madre María Magdalena de Mouxy

tenían aún en el mundo algunas propiedades de que no habían podido deshacerse, fijó á las dos el término de seis meses para disponer de sus bienes y ponerse en estado de pronunciar los votos solemnes. Se levantó acta de esta ceremonia, y se inscribió en los registros del Obispado de Ginebra (1).

Así se arreglaron y fijaron para siempre las bases generales de la Orden de la Visitación. Mucho distaba seguramente este plan definitivo del primero que había concebido San Francisco de Sales, y que tanto tiempo había esperado la Madre de Chantal. Después de ocho años de ensayos, pruebas y multiplicadas reflexiones, contrariados por los acontecimientos, molestados por los hombres, ó más bien, conducidos sin saberlo por Aquel que impulsa á los hombres y dirige los acontecimientos, los dos Santos fundadores habían tenido que hacer precisamente lo contrario de lo que habían pensado. Así Dios, siempre dulce y siempre fuerte, hace su voluntad en la fundación de las Ordenes religiosas, como en el establecimiento de los grandes imperios, y los Santos como los conquistadores, no son en su mano sino meros instrumentos.

La santa Madre de Chantal partió para Bourges al otro día, que era el 17 de Octubre de 1618. Su hermano, el Ilmo. Sr. D. Andrés Fremiot, lo había preparado todo para erigir en esta ciudad un monasterio de la Visitación. Empezó su camino por Lyon, en donde se detuvo poco; pasó por Moulins, llenándose de alegría al ver la sencillez, el fervor y la humildad de las religiosas. No encontró que reformar sino una sola cosa, la demasiada frecuencia de maceraciones corporales, lo que era siempre de temer en donde estuviera la Madre de Brechard. De Moulins salió para Bourges en un coche que

(1) Véase al fin del volumen este documento transcrito de la copia auténtica, depositada y conservada en el archivo de Annecy.

le envió su hermano, acompañada de la Hermana Ana María Rosset, de la Hermana Ana Catalina de Beaumont, que venían de Annecy con la Santa, y de la Hermana Gabriela Bally, que había sacado de Moulins. El pueblo de Bourges, que amaba mucho á su Ilmo. señor de Fremiot, fué á recibir á su hermana con grande júbilo (1).

El día 4 de Noviembre, el Ilmo. Sr. Fremiot vino á celebrar la santa Misa en el nuevo monasterio, comprado y amueblado por él; expuso el Santísimo Sacramento, estableció la clausura, dejó mil quinientas libras para los primeros gastos del establecimiento, y colmó á las Hermanas de tantos bienes, que la Santa Madre, turbada con tanta abundancia, escribió á San Francisco de Sales contándole el apuro en que se hallaba. Ya se comprende la respuesta del Santo: nada pedir ni nada rehusar; servirse de todo sin afecto y sin escrúpulo, con libertad y desasimiento: esta es la suprema perfección. Por lo demás, tanto porque la voluntad de Dios era que estos principios tuviesen su prueba, como por la manera de ser de una época en que era más fácil mandar que ser obedecido, la pobreza se hizo sentir muy pronto. Tal era la negligencia de los criados del Arzobispo durante los tres primeros meses, en los cuales se había encargado de mantener á las Hermanas, que algunas veces faltaba el pan en la mesa. La Madre de Chantal, sin turbarse, llevaba á sus Hijas al refectorio á la hora señalada por la regla, exhortándolas á la confianza en Dios. Sucedió dos ó tres veces que precisamente al acabar el *Benedicite*, llamaban á la puerta, y algunas buenas mujeres que no era posible supiesen la necesidad del convento, traían un pan blanco y tierno para cada una de las Hermanas (2).

(1) *Fundación del quinto monasterio de la Visitación en la ciudad de Bourges el 4 de Noviembre de 1618. Manuscrito en folio.*

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy, pág. 169.*

La santa Madre de Chantal estuvo poco tiempo en Bourges. Se la esperaba en París, donde se entreveía la posibilidad de fundar una casa. San Francisco de Sales, que acababa de llegar con la comitiva del Príncipe Cardenal de Saboya, después de haber sondeado algún tiempo el terreno, escribió á la Santa que fuese prontamente para tratar de establecerse, «que era sólo un azar y menos aún que esto, pero que, sin embargo, lo emprendía bajo la protección de la Virgen Santísima y del glorioso San José.» La bienaventurada Madre de Chantal avisó al instante al Ilmo. Sr. de Fremiot, que opuso muchas dificultades, y dijo que no le daría coche, y prohibiría se le proporcionase ningún medio de transporte. La Santa, con un rostro sereno y grave, le respondió: «Ilmo. Sr.; la obediencia tiene buenas piernas. Iremos á pie, más bien que dejar de obedecer.» Admirando la virtud de su hermana, el Ilmo. Sr. de Bourges no resistió más, y la Santa, después de haber hecho venir de Moulins á la Hermana Juana María de la Cruz y á dos novicias, no llevando de Bourges más que una sola religiosa, la Hermana Ana Catalina de Beaumont, partió en la tarde del Viernes Santo, se detuvo en Orleans el día de la Pascua, y entró en París el 6 de Abril, día de Cuasimodo, en un coche de alquiler, no teniendo en su bolsillo más que diecinueve sueldos (1).

París no era entonces ni con mucho lo que es hoy; pero no obstante, era ya la gran ciudad del ruido y del movimiento, el campo de batalla donde el bien y el mal combatían de un modo formidable. El Cardenal de Berulle, el Padre de Condren, San Vicente de Paúl y una

---

(1) La Madre de Chantal escribió de su propia mano en el libro conventual del monasterio de París la historia de esta fundación. De este documento, el más auténtico que se puede desear, hemos sacado estos detalles. Los demás están sacados de la *Historia manuscrita de la fundación de París*, historia compuesta sobre las notas de la Madre de Beaumont, y revisada por la santa Madre de Chantal.

porción de Santos, luchaban heroicamente por el triunfo de la verdad y la virtud, cuando en 1619, San Francisco de Sales y la santa Madre de Chantal vinieron por un instante á juntar sus esfuerzos con los suyos, y á establecer en la gran capital del error y del mal, un nuevo hogar de abnegación y sacrificio.

Apenas apareció la Madre de Chantal en París, cuando se despertaron todas las pasiones. Todas las burlas que acogieron la obra naciente en Annecy en 1610, fueron oídas de nuevo en París en 1619; y lo que era más sensible, es que las mismas comunidades religiosas se conmovieron. Escuchemos á la Madre Angélica Arnaul de Port-Royal, escribiendo á la Madre de Chantal: «Hay personas que vienen aquí y me hablan de ese nuevo instituto con singular desprecio, creyendo que no se va á vuestras casas sino para vivir con toda comodidad. Y son personas dedicadas á la Iglesia, y aun religiosos los que así hablan. Me dicen que si abrazo este instituto, perderé la reputación que tengo. Yo les respondo con dulzura que vuestra regla está compuesta por el mayor Doctor de la Iglesia, San Agustín, y vuestras Constituciones por un grande y Santo Obispo, y que, por consiguiente, tienen que ser buenas. Después los escucho con humildad. Pero á uno que me aseguraba que todas las mañanas se preguntaba á cada religiosa lo que quería comer, le dije con energía que eso estaba muy distante de ser verdad (1).»

San Francisco de Sales nos revela el secreto de estos temores é inquietudes de las Comunidades religiosas. «¿Podríaís creer—escribía á la Madre de Chantal—que siervos de Dios me han dicho hoy que la dulzura y piedad de nuestro Instituto eran tan del gusto de los franceses, que iban á quitar la gente á las otras casas

---

(1) *Carta de San Francisco de Sales*. Edición Blaise, tomo III, página 364.